

los astronautas).

¡Los astronautas, maestro!
Si sólo permanecen las estructuras descarnadas de la historia, más vale rodar por el despeñadero de los siglos, del precámbrico al silúrico, donde no pesan las muertes injustas, por ejemplo. Entretenerse con las glaciaciones y los cataclismos, descender una a una las edades del hombre hasta recordar, con una antigua memoria de piedra, ¡la inauguración del mundo!

Lo invito esta noche a viajar por los ríos de lava abriéndose paso entre pedernales, contemplando las invertidas catedrales de estalactitas, allá en lo alto, Dios atareado en separar la luz de tinieblas, ordenando las temperaturas, señalando el curso de las aguas, inventando la química hasta ¡el CLIC! ¡El ácido ribonucleico! ¡La vida naciendo en la cúpula de un rayo de luz en el útero del océano! Lo invito a aplaudir la zarabanda de espionjarios y de algas azules, — primer toque dulzón entre las fuerzas desatadas —, antes de que asomen curiosos los primeros vertebrados y rujan los descomunales lagartos, y se sucedan de prisa las mutaciones: y ahí está, el incomparable ¡EL HOMO SAPIENS!

Baja de los árboles, se alza orgulloso en dos patas, fija los ojos en el horizonte y descubre el equilibrio. Ahora las manos le sobran: cuelgan de sus brazos de hombre erguido. Se las mira. Dibuja en la arena el perfil de sus dioses, y viste de prisa el traje blanco de fibra sintética. Se calza la escafandra, se balancea como un gorila híbrido de arcángel y posa un pie ingrávito sobre la superficie lunar!

"Ingrávidos de Luna".

O ingrávidos, nada más, como usted y yo en el mar tibio de Santa María. Llueve apenas y los pinos en la arena forman muralla oscura contra los estallidos de luz acerada. Las aguas del mediodía, suaves, envolventes, arrastran el cuerpo y lo mantienen a flote hasta que se va borrando la diferencia de temperatura, de peso, de gravedad. Y el mar, la piel, la lluvia, el aire ¡todo es la misma cosa!

Claro que es mejor volar. ¿Practicó alguna vez esos vuelos rasantes de los sueños? Elevarse sin esfuerzo y mantenerse planeando como los pájaros marinos, braccar rítmicamente como quien respira, sintiendo que cada músculo funciona de maravillas contra la resistencia del aire: esa técnica onírica, en fin, que nos deja una sensación de unicato, de sólo-yo-puedo. Algo semejante era flotar en ese mar de la playa de Santa María. (Usted "of course", a medio desvestir, cavilando en la orilla). Y algo semejante han de experimentar los astronautas flotando invertidos en el espacio.

¿Dónde anda ya, maestro?

¿Terminó de escalar galaxias?

Quizá logre acercarlo, o acercarme, con esta larga carta que no sabría dónde enviar. Por lo demás nunca tuve fe en los buzones, caballeros blindados de una orden hermética, sordos al sentimiento.

¡Qué hermoso pudo ser nuestro planeta tierra si en lugar de perseguirnos los unos a los otros (a la inversa del mandamiento ese de amaos los unos...etc.), nos hubiéramos abocado alegremente a escudriñar los espacios celestes! Bueno, nos queda la esperanza, maestro, de suponer que cuando funcionen las líneas del turismo espacial — en un futuro cercano —, resulten incomprensibles las matanzas, inservibles las tiranías y anticuadas las revoluciones... □

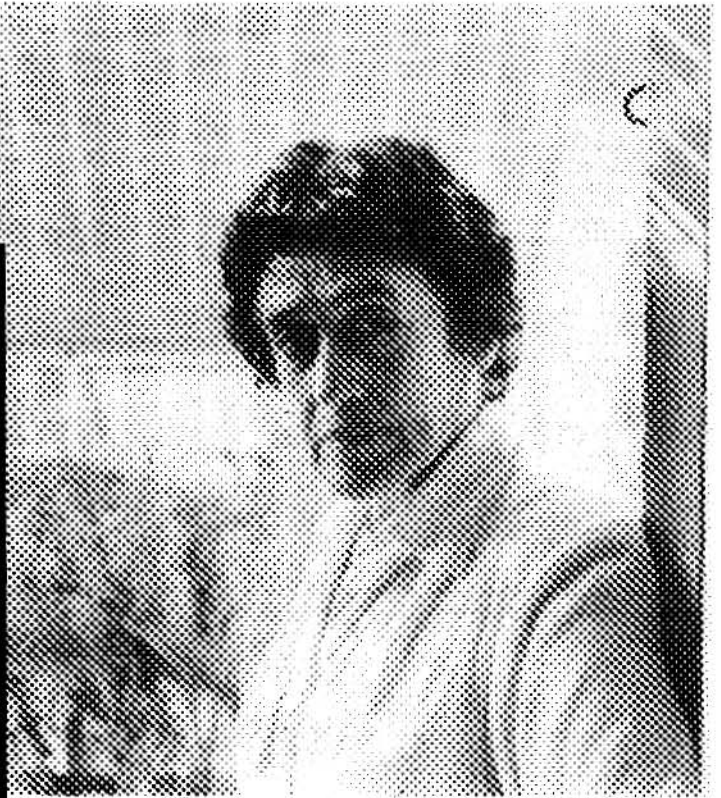


Isidora Aguirre:

"La memoria
es una selva:

todo lo que
se corta,

vuelve a nacer."



LUISA ULIBARRI

Su novela *Doy por vivido todo lo soñado*, publicada en 1987, encabezó la lista de libros más vendidos hasta bien adelantado este verano. Con *La pérgola de las flores*, escrita hace 28 años —y recién reestrenada— Isidora Aguirre confiesa que llegó a ser millonaria en moneda dura: casi 30 millones de pesos de hoy, que le habrían equivocado a cuatro casas, pero que se le escurrieron por entre los dedos. Se lo gastó todo, y sólo Dios sabe en qué.

Pequeña, inagotable, testigo de una realidad que le duele y le hizo escribir tanto teatro social y de testimonio, Isidora convive hoy con sus sueños, reminiscencias y un presente difícil. Dice que a veces la visitan algunos de sus parientes fallecidos, como ese pájaro negro que se le metió la otra noche en la pieza, y que no le cabe duda sea su yerno Rafael Vidal, muerto en diciembre. También la visita su madre. María Tupper, protagonista de *Doy por vivido...* historia de tres amores, tres mujeres, una familia entera, y mucho contacto con el más allá.

El año pasado, junto con el boom de esta novela, recibió el premio Casa de las Américas por su obra *Retrato de Yumbel*, analogía entre el caso de los desaparecidos y la persecución de los cristianos en la Roma imperial del siglo III. Ahora, acaba de terminar *Diálogos de fin de siglo*, próximo estreno de Ictus en primavera, y guarda en barbecho los originales de otra novela, *En el sueño el alma tiene ojos de lince*, algunos de cuyos fragmentos publicamos en esta edición con absoluta exclusividad.

—Vamos a *Doy por vivido...* Hay varios motivos literarios,

pero lo primero que salta es la resurrección de la casa como protagonista. La vieja casa chilena de Coronación, de Casagrande y Casa de Campo.

—Es cierto. Tantas cosas... En mi novela la historia transcurre donde yo viví, esa casa que eran tres, comunicadas por patios interiores grandes. Ese lugar era la protección. Se hacía vida tribal entre padres, abuelos tíos, nietos. Había allí la posibilidad de una vida hermosa que de pronto se cortó. Por eso yo digo que mi novela es una operación rescate del recuerdo. Esta casa es alegre: no sordida ni claustrofóbica como otras de nuestra literatura. Hay mucha luz y color, y es porque refleja, creo, el tremendo sentido de humor que tenía mi padre y la familia de mi abuelo. Fíjese que había que parar la risa para que al abuelo Felipe no le vinieran los ahogos. "Cuidado, que el abuelo se nos ahoga", decía mi mamá. Una no es consciente del espacio donde nace la obra, pero esta casa no es un refugio. Todo pudo partir en un basural, pero este espacio alegre, estético, lleno de corredores y enigmas determina en parte la biografía de una novela de seres felices.

—Es más. Se restaura el viejo "orden de las familias", otro motivo en nuestra literatura. La familia, como la de Scola en el cine, da personajes novelescos....

—Y refleja una cosa muy chilena. Yo creo que partí de mis vivencias en la novela, pero recogiendo algo muy real. En los héroes, juego con el contraste entre mi mamá y mi papá tan distintos y amándose. Ellos eran de novela. Lo que no parece cierto allí es la no ficción:

